



---

# **Las marcas del agua**

L. M. Oliveira

© L. M. Oliveira, 2022

© De esta edición, Punto de Vista Editores, S. L., 2023

Todos los derechos reservados.

Primera edición: abril, 2023

Publicado por Punto de Vista Editores

C/ Mesón de Paredes, 73

28012 (Madrid, España)

info@puntodevistaeditores.com

puntodevistaeditores.com

@puntodevistaed

Coordinación editorial: Miguel S. Salas

Diseño de cubierta e interior: Ezequiel Cafaro

ISBN: 978-84-18322-92-1

THEMA: FBA

Depósito legal: M-4556-2023

Impreso en España – *Printed in Spain*

Artes Gráficas Cofás, Móstoles (Madrid)

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.  
[www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)

- 11** La ceiba portentosa
- 93** El desierto de agua
- 165** Húmedas tinieblas
- 229** La despoblada inmensidad
- 313** Agua, sangre y espíritu

La vida es atroz, y lo sabemos.

Marguerite Yourcenar, *Memorias de Adriano*

El hambre, el sufrimiento y la muerte  
no cambiarán nunca.

Thomas Wolfe, *No hay puerta*

La ceiba portentosa

## Juana Vicente

### J

Es tanta la belleza del mundo que la sangre derramada no alcanza para hacerle sombra. Cuando el mar, con sus olas como catedrales, con sus colores como abismos, con sus estruendosas profundidades, nos absorbe, no vemos en Lepanto a los turcos muertos ni en el turquesa del Caribe la sangre de las víctimas de los piratas. Los llanos, los valles y las sierras son tan bellos como el mar, a pesar de los llantos y la avaricia. Cuando los paisajes de esas tierras nos cautivan, no atestiguamos en Cholula el acero de Cortés arrasar nobles ni en las amplias y hermosas planicies, más al norte, constatamos misioneros degollados por apaches. El mundo tiene esa capacidad de hacer flores de la sangre y los huesos. Es tanta su belleza que la muerte no le hace sombra...

—¿Por qué vas tan callada, Juana? —interrumpe su voz por el auricular que llevo en el casco, y que sirve para poder comunicarnos de una moto a la otra, mientras conducimos por un bello bosque. Si pienso en lo poco que sé de él, la hermosura del paisaje se oscurece.

Mis cavilaciones van como tren, así que ni respondo: pocas semanas antes de aquel viaje por carretera desperté en la cama de un hospital, sobre la que llevaba cuatro noches pavorosas. Esa madrugada hallé fuerzas para marcharme, pese a que aún sentía dolor y culpa. Se me ocurrió que si cambiaba de aires aligeraría los reproches que me hacía. Cuando al fin salí del encierro, descubrí que la luna asomaba su palidez en el horizonte crepuscular. Y bajo ella el volcán Iztaccíhuatl, mujer muerta, reflejaba los tonos rojizos del sol. Iztaccíhuatl murió por una mentira. Le dijeron que su amado, el mejor de los guerreros tlaxcaltecas, había caído en la guerra. Mientras su adorado valiente triunfaba en la batalla, ella murió del dolor que le produjo la noticia falsa. Cuando el campeador llegó victorioso a desposarla, solo halló ausencias; y lloró de tal manera la de su prometida que los dioses decidieron inmortalizar sus ardorosos anhelos, convirtiéndolos en los volcanes que aquella mañana miraban el valle de Anáhuac desde las nubes. Al cadáver de Iztaccíhuatl lo cubrieron de nieve; al Popocatepetl lo dejaron seguir lanzado llamaradas y ceniza de amor. Siempre me resultó extraño que los del día de muertos, las Catrinas y las ofrendas, llamaran «Mujer Dormida» al volcán, cuando la historia aseguraba que estaba muerta.

Aquella mañana la luna, que para la cultura náhuatl también era una mujer muerta y, en este caso, desmembrada, terminó de esfumarse. Sahagún asentó la historia en el códice florentino: la diosa Coatlicue era madre de cuatrocientos surianos y de Coyolxauhqui. Aún no existía la luz. Coatlicue tenía a su cargo barrer el cerro de Coatepec, esa era su penitencia. Una mañana, mientras barría, cayeron sobre ella plumas finas que recogió dichosa y colocó sobre su seno. Cuando terminó la faena, para sorpresa suya no encontró las plumas; se habían vuelto semilla y la habían preñado. Al enterarse de que su madre estaba encinta, los cuatrocientos

surianos se enojaron mucho y Coyolxauhqui dijo: «Hermanos, ella nos ha deshonrado, hemos de matar a nuestra madre, la perversa que se encuentra ya encinta. ¿Quién le hizo la monstruosidad que lleva en las entrañas?».

Coyolxauhqui guió a sus cuatrocientos hermanos hasta la montaña de Coatepec, donde estaba Coatlicue. Cuando alcanzaron la cumbre, justo antes de que atacaran a su madre, nació de ella Huitzilopochtli, dios del sol y de la guerra. El hijo de aquellas plumas que habían caído del cielo le cortó la cabeza a Coyolxauhqui. El cuerpo rodó hacia abajo del cerro, hecho pedazos. Se dispersaron sus manos, sus piernas y su torso. Entonces Huitzilopochtli persiguió a los cuatrocientos surianos, que nada pudieron hacer frente a él. Y esa es la historia del origen del Cosmos: se hizo la luz, Coyolxauhqui se convirtió en luna y sus hermanos en estrellas.

Cuando México-Tenochtitlán se hallaba en el cenit de su gloria, la piedra de Coyolxauhqui reposaba al pie del templo de Huitzilopochtli, para así representar el mito de la creación de los astros. Antes de ascender la pirámide, los sacerdotes mexicas pisaban esos despojos de mujer representados en la piedra. Luego en la cima sacrificaban guerreros vencidos. La sangre de los corazones arrancados se escurría por los escalones del templo, hasta bañar la efigie de Coyolxauhqui, una y otra vez.

Con la demolición que sembró la conquista en Tenochtitlán, el monolito quedó enterrado bajo los edificios que levantaron los de Cortés. Fue hasta 1978 cuando una cuadrilla de trabajadores de la Compañía de Luz, que cavaba zanjas para introducir cableado subterráneo, halló el bajorrelieve de la mujer desmembrada. Lo exhibieron en el museo del Templo Mayor, y ahí fue donde lo vi por primera vez, aún niña, en una visita escolar. Recuerdo la impresión que me dejó ver a la Coyolxauhqui desmembrada sobre aquella inmensa piedra circular de tres metros de diámetro: vi su cabeza cercenada,

que miraba hacia arriba; su torso con los pechos de fuera, ceñido por un cinturón del que colgaba un cráneo. Vi sus brazos y piernas como despojos desprendidos del cuerpo. Después de sorprenderme ante esa violenta representación, volví a casa y abracé a mi madre. Al escuchar el relato, dijo que más valía desentenderse del espíritu sanguinario de este país, para poder disfrutar de los colores y las fiestas. Mi padre añadió que los mexicanos maman sangre desde pequeños.

Años después hallé en el museo de Antropología una estatua de Coatlicue, madre de la desmembrada Coyolxauhqui. La diosa vestía una falda de serpientes de cascabel y un collar hecho de corazones, cráneos y manos. Su rostro se componía de dos culebras que se miraban de frente; representaban la dualidad de la creación y la destrucción. A la vez que la tierra consumía todo lo vivo, también lo nutría y le daba vida. Ese era el meollo: en México se destruía con violencia y dolor y se creaba con ruido.

Tío Raúl me ofreció su casa mientras terminaba de convalecer. Lo llamaba «tío» sin que lo fuera. Era un señor de setenta y largos, gentil y poderoso. Él y mi padre se hicieron amigos cuando llegamos a Deefe, a principios de los noventa. Por aquellos días las cosas nos iban mal en Madrid, la empresa de mi padre estaba al borde de la quiebra y decidió abrir operaciones en México, como última alternativa. Si bien podía parecer exótico viajar a un país tercermundista para hacer negocios, no era tan disparatado. En 1993 se abrió a la inversión privada el sector eléctrico, y su compañía vendía tubos y cables a empresas españolas del ramo. Entre ellas estaba una que pronto operaría a lo largo del golfo de México, así que decidió asumir el riesgo. Y en pocos años pasamos de las penurias al lujo. No tengo memoria del sencillo departamento al que llegamos en un inicio, pero sí de la casa en Polanco. Recuerdo su jardín espacioso y la cantera rosa de las molduras. Fuimos felices.

En 2006, antes de las escandalosas elecciones presidenciales, cumplí dieciséis años y mis padres decidieron que era momento de volver a Madrid. Hicimos las maletas y nos marchamos. Yo iba con el corazón partido, dejaba atrás a mis amigas, sobre todo a Amanda. Nunca supe bien a bien el porqué de nuestro regreso a España. La historia que conocía era que mi padre quería morir entre los suyos y añoraba la paz de no tener miedo: en Deefe lo horrorizaban terremotos, secuestros y asaltos.

Estudí periodismo y en 2012 conseguí trabajo en un diario. Me esforcé mucho por volverme competente. Con todo, a principios de 2017 nos echaron a la calle a varios colegas. Pasé algunas penurias, pero antes de que se agotaran mis ahorros, se abrió la puerta para ejercer periodismo en México. Amanda me dijo que había una vacante en un medio que ella conocía. Solicité el trabajo para ver qué pasaba y, después de intercambiar algunos correos electrónicos, la editora ofreció contratarme. Vine emocionada, pese a que sabía de la violencia contra periodistas que reinaba en todo el territorio. Mi padre habría hecho lo posible para evitar que regresara a este país, pero hacía un par de años había muerto. No vio el deterioro de mi madre, que se quedó sin memoria apenas perderlo. Al decidir cruzar el Atlántico no tuve más remedio que dejarla en una residencia para personas mayores.

Cuando cerré el acuerdo con *La Razón Pública* le escribí al tío Raúl. Contestó que ni se me ocurriera parar en otra casa, sería una ofensa para él. Su mujer también había muerto y sus hijos vivían en Europa desde hacía mucho tiempo. Los primeros meses de mi estadía, mientras buscaba un lugar para vivir, Raúl me agasajó. De entre todas las comodidades, la que más disfruté fue la biblioteca. Tenía una gran colección de libros de historia y literatura. La habitación estaba adornada con acuarelas de paisajes mexicanos. Una me llamó la atención, por el detalle con el que representaba una ruina en

mitad de la maleza. Se lo dije a Raúl y contestó que no me dejara sorprender de manera tan sencilla:

—El tipo que la pintó hizo trampa, proyectó la foto sobre el lienzo y siguió la imagen con el pincel, como si fuera una calca. Trazó las ruinas y la maleza con tinta china y luego coloreó con acuarela. La fotografía la tomó un amigo mío, Teodoro de Villalpando. Ya te lo presentaré, es un tipo interesante.

Raúl tenía muchos amigos y le gustaba ofrecer «repciones». Invitaba a gente de ámbitos y generaciones distintos. Servía champán. Fue en una de esas fiestas donde conocí a Rodrigo. Con el tiempo descubrí que era uno de esos hombres a los que le salía todo bien, menos comprometerse: *crack* en el fútbol, tocaba la guitarra como los dioses, cocinaba, bailaba, era simpático y guapo. Esa primera ocasión charlamos toda la noche. Terminamos juntos a los pocos meses. Era dueño de Ocre, una editorial independiente y hermosa. Tenía la capacidad de volver estrella a casi todo autor que publicaba. Su gusto literario era invaluable y además era buenísimo en las relaciones públicas.

Dejar las Lomas y mudarme a la Narvarte fue el verdadero inicio de mi aventura. Cuando me marché de la mansión de Raúl sentí cierta melancolía, pero, sobre todo, miedo. Vérmelas sola en Deefe era como dar un paso al vacío. Pero necesitaba un espacio propio, quería estar sola, tener un lugar para hacer lo que me apeteciera. Ya en mi barrio, a lo primero que me enfrenté fue a las miradas lascivas de los hombres, a los piropos asquerosos, a los toqueteos y al desprecio. Pronto recordé lo temible y desesperanzador que era ser mujer en México. De pronto se abrieron paso en mi memoria recuerdos que había borrado. Por ejemplo, vi entre brumas al padre de una compañera acercárseme demasiado, buscar situaciones para que mi cuerpo de once o doce años quedara apretujado al suyo. ¡Qué puto asco!

—Juana, ¿por qué vas tan callada? —sonó de nueva cuenta la voz de mi acompañante en el auricular del casco.

Pese al terrible espejo de la maldad humana que es este país, acepté acompañar por bosques y sierras solitarias a un extraño. Cada quien sobre una moto. Aunque parezca una locura, es fácil explicar por qué viajo a su lado: por ambiciosa, quiero contar una historia inaudita, que deje estupefacto a más de uno.

J

Vine a trabajar a *La Razón Pública*, un portal que tenía como sello de la casa el periodismo de investigación. Durante el tiempo que trabajé para ellos hice una buena cantidad de notas. En ellas abordé los temas más diversos, algunos muy escabrosos, aunque ninguno como lo que vendría más adelante. De todos esos reportajes, el que recordaba con más dolor era el de las trabajadoras asiáticas que murieron en el terremoto de 2017. Apenas llevaba medio año en Deefe cuando aconteció esa tragedia pavorosa. La construcción donde cosían ropa se derrumbó. Pronto supe que ellas no pudieron ponerse a salvo porque los dueños las encerraban como esclavas. Los rescatistas me explicaron que las puertas de emergencia estaban cerradas con cadenas. Mientras hablaban, noté que las manos me temblaban. Y la idea de que lo vieran me turbó. Terminé metiéndolas en mis bolsillos. Frente a otro derrumbe, me conmovió atestiguar la cantidad de familiares que intentaban hacer algo para ayudar al rescate de los suyos. Su presencia me hizo ver que a las costureras nadie las había llorado. Caminé por varias colonias salpicadas de tragedia. A la vez que era palpable el dolor, también emergía una fuerza inmensa de las cadenas humanas que removían escombros. El trajín urgente

erizaba la piel. Escribir la nota fue horrible, el silencio ante la muerte de las costureras me pareció más doloroso que todo el llanto que presencié, sin hacerlo menos. A mis ojos el abandono añadía dramatismo. En la noche Rodrigo llamó para invitarme a cenar y hacernos compañía. Terminamos follando en su casa. Echar un polvo cuando estaba abrumada, insegura como un gatito, fue una buena manera de recordar que podía ser feliz pese a tanta vulnerabilidad. Al día siguiente le conté a Amanda por teléfono:

—Dormimos juntos.

—Ya era hora, tuvo que temblar para que le hicieras caso. En 2018 comenzamos la investigación del caso Rothman-Frocher. Si bien llevaba algunos reportajes fuertes, lo que vendría me descolocó, y es que la ferocidad de la historia se tornó en contra mía. Recuerdo bien el día en que Karla me asignó el caso: estábamos en la redacción cuando llegó un comunicado de prensa. Decía que el gobernador de Veracruz acusaba a la administración anterior de comprar medicamentos caducos y, en un caso, hasta falsos. La cosa se ponía peor, el fármaco adulterado era Zitorrovina, utilizado en el tratamiento de cáncer infantil: a los pequeños les inyectaron agua.

Una hora después llegó otro boletín, ahora de la Secretaría de Salud Federal, en el que convocaban a una conferencia de prensa para tratar las afirmaciones del gobernador. Karla dijo que dejara todo lo que hacía y cubriera aquello.

Los periodistas esperamos horas en el salón de la convocatoria. Cuando por fin apareció el secretario de Salud, leyó un breve comunicado:

—El presidente ordenó intervenir todas las bodegas de medicamentos de Veracruz para realizar un inventario —su tono era plano, sin ningún énfasis— y, a partir del mismo, una investigación a fondo. Intentaremos establecer si el anterior gobierno estatal compró con dolo medicamentos caducos, y hasta falsos. En el momento en que enuncio

estas palabras, la Policía Federal allana las bodegas de la Secretaría de Salud veracruzana.

En la ronda de preguntas, cuando me dieron la palabra, pedí que confirmara si le habían administrado agua a niños enfermos de cáncer en lugar de medicina.

—No estoy en posición de corroborar nada.

—¿Y, de ser cierto, qué opinión le merecería?

—No puedo imaginar mayor vileza.

La primera nota que publiqué del caso fue un reportaje que describía lo que dijo el gobernador de Veracruz y la respuesta del secretario de Salud Federal.

—¿Qué sigue? Esto no lo vamos a dejar así, hay que tomar la iniciativa, el caso va a dar mucho de qué hablar —dijo Karla una vez que terminó de subir la nota.

—Voy a hacer unas cuantas llamadas —contesté—. Si alguien compra, alguien vende.

Intenté buscar a los proveedores involucrados. Ese día contacté con el departamento de comunicación de Rothman-Frocher, los productores del medicamento adulterado, y me dijeron que a esas alturas no tenían suficiente información sobre el caso veracruzano como para hacer ningún comentario. Al final del día, Alejandro, el director del portal, convocó a una reunión en el bar de la esquina. Cuando entré vi a Karla en la barra, y junto estaba Pablo Stern, que era un colega de la redacción, quizá el más experimentado.

—Lo que nos diferencia de los diarios mexicanos es que nosotros sí hacemos periodismo de investigación. Esta es una gran oportunidad de demostrarlo —dijo Alejandro—. Debemos ir a buscar información y no solo usar la que suelten los gobiernos, como si fuéramos periodistas huevones.

Karla asintió con la cabeza y luego añadió:

—Los datos de las adquisiciones estatales se encuentran en la red, hay que buscar con cuidado entre esa información, ahí puede estar el tesoro escondido.

Pablo y yo nos miramos, lo que parecía ser una sugerencia, era una orden. También charlamos sobre cómo organizaríamos el equipo de investigación. Nos asignaron algunas tareas inmediatas. Karla y Alejandro se despidieron, tenían asuntos que atender en la redacción.

Cuando estaba por levantarme, Pablo sugirió que nos quedáramos en el bar a tomar otra cerveza. Era buen tipo: audaz, divertido, destacaba como periodista. Y si bien no era guapo, tenía *sex appeal*, sobre todo por su sonrisa radiante. Dudé aceptar, porque cuando Pablo bebía unas copas de más siempre intentaba seducir a quien estuviera cerca. No era un patán, pero sí un ligón; y yo salía con Rodrigo. Éramos una pareja dispersa por culpa de los viajes de trabajo, pero me ilusionaba nuestra relación. Así que cuando recibí un mensaje suyo, me disculpé con mi colega y fui con él, que había perdido su vuelo a Sudamérica.

La Policía Federal informó que, según concluían los exámenes de laboratorio, hallaron frascos que decían contener Zitorrovina, pero que en realidad estaban llenos de agua. No tenían forma de mostrar si le habían administrado agua a pacientes con cáncer, como acusó el gobernador.

La nota fue escandalosa: el lote de Zitorrovina sospechoso de contener agua era de tres mil frascos. Cada uno costaba seiscientos dólares. Entonces, si suponíamos que todos contenían agua, el fraude podía llegar a ser de casi dos millones de dólares. ¡Y era un solo lote! Aquellos días fueron de trabajar de sol a sol. Pasábamos horas en la redacción intentando sacar conclusiones de los datos que brillaban en la pantalla del ordenador. El trabajo era extenuante, no solo en lo físico, sino para el ánimo. Recuerdo una noche en que llegué a casa deshecha y llamé a Rodrigo para pedirle que fuera a verme: esa mañana tendría que haber vuelto de su viaje, pero me contestó desde Sudamérica, se oía borrachín y feliz:

—Perdí el vuelo, me quedaré un par de noches más. Ha estado genial, luego te cuento. ¿Todo bien?

—Sí.

Colgamos y supe que necesitaba un abrazo, algo de calidez humana. Estuve tentada de llamar a Pablo, pero me pareció desleal con Rodrigo y con mi colega. No era justo ni engañar a uno ni buscar al otro nada más cuando me sentía deprimida. Descorché una botella de vino y me senté a escuchar música. La intranquilidad que me carcomía el ánimo también se relacionaba con el caso Veracruz. No podía asimilar que alguien fuera capaz de estafar a un niño con cáncer, y a sus padres. Me parecía increíble la capacidad de algunos de sobajar a los demás y despreciar su dolor para hacerse de unos dólares. ¿Quién podía llevar como si nada un abrigo o una bandolera o un bolso de marca, muy monos, pero comprados con muerte? ¿Qué acaso no se impregnaban del olor de la sangre?

En la junta editorial de la mañana siguiente Karla propuso indagar el otro lado de la historia: el testimonio de los dueños de las empresas que abastecieron al gobierno con los medicamentos caducados y falsos. Nos quedaba claro que el fraude no lo habían hecho solo desde el gobierno. Como en la red estaban las facturas, fue fácil conseguir las direcciones fiscales de las proveedoras. Una vez que terminamos la base de datos, decidimos tocar puertas. No bastaba con ver fotos de fachadas pobres o terrenos vacíos en aplicaciones de mapas, había que constatar si existían. Las empresas distribuidoras estaban dispersas por todo México; sin embargo, las que acaparaban el mayor porcentaje de ventas se hallaban en varias ciudades del estado de Veracruz, como era de esperar. El prospecto del viaje y la investigación me alegró. Nada me gustaba más que hacer periodismo a pie de calle.

## Teodoro de Villalpando

Ť

«In rerum natura nullum datur contingens», decía un tatuaje en la parte interior de mi antebrazo izquierdo. Tomé la frase de la proposición XXIX de Baruch Spinoza: «en la naturaleza nada es contingente». No pretendía ser fiel intérprete de las palabras del sabio de Ámsterdam, ni discutir si éramos o no libres de actuar. Me tatué sus palabras porque, cuando estaba a punto de cumplir treinta años, llegué a creer que, de alguna u otra manera, todo en el universo se movía de acuerdo con el plan que conformaba la naturaleza. Como prueba de dicha determinación ponía un encuentro absolutamente improbable, y que cambió mi devenir.

Llevaba tres años de estudios en la Universidad de Columbia y mi trabajo doctoral sobre los primeros criptoju-díos de Nueva España iba viento en popa. La tesis se apoyaba en fuentes robustas y, a partir de ellas, desarrollaba algunas teorías que echarían luz sobre zonas desconocidas

del siglo XVI. Por tal motivo Ted Browning, mi tutor principal, pensaba que podía considerarme un candidato sólido para convertirme en doctor. Solo algún imprevisto severo habría sido capaz de interponerse en mi camino al codiciado título. Salí de esa reunión sintiéndome un intelectual hecho y derecho, como si ya fuera miembro de la élite mundial del conocimiento, alguien que reescribiría los libros de historia del siglo XVI. Creía que ciertos métodos, que conocía y llevaba a cabo al pie de la letra, conducían a la verdad. Así que me convertí en un joven pedante, sin disposición a escuchar a nadie que no fuera especialista. Si alguien se atrevía a preguntarme sobre mi investigación en un coctel o fiesta cualquiera, contestaba enojado que no quería hablar del asunto; qué mierda les podía importar algo de lo que no tenían ni idea, me quejaba en el pienso. Y la soberbia fue arraigándose en mi carácter: pasé de enojarme a gritar y luego incluso a los puños. Pero tal rasgo arrogante se desvaneció, como por arte de magia, en el encuentro que me tenía preparado el destino.

Sucedió una noche en que acudí a un bar que desconocía, para encontrarme con la mujer que me había citado ahí, del otro lado de Manhattan. Ella escogió el bar porque quedaba cerca de un sitio donde llevaba semanas haciendo fotografías. Katelyn González era hija de un español y una americana, tenía una pinta de andaluza que ni el salmorejo cordobés. Con el tiempo se convirtió en una fotógrafa muy conocida. Si bien entonces apenas éramos estudiantes, ya tenía esa seguridad de quienes harán algo magnífico con su vida. Aquella era la segunda cita, una cita que no debió darse, porque en la primera fui un patán: no solo llegué veinte minutos tarde al lugar donde habíamos quedado, sino que, en lugar de pedir una disculpa, decidí jugar a que no había pasado nada. Así que me acerqué a ella impávido y le pregunté si quería un trago para celebrar mi llegada. Dijo

que era un idiota y se marchó furiosa. Supuse que no volvería a verla jamás. Pero el destino me dio otra oportunidad.

Para esa segunda cita llegué al bar media hora antes de lo acordado. Senté mi cuerpo delgado en una banca frente a la barra, acodé el brazo, y pedí cerveza. Estuve así, mirando la nada, un buen trecho de la noche. A las horas, cuando por fin me convencí de que Katelyn no llegaría, pedí el primer *whisky* de la velada; ya no necesitaba mantener la sobriedad. Cuando el barman aproximó mi trago, noté que en el otro extremo de la barra bebía un señor entrado en años, elegante, con todo y un sombrero de fieltro fino y verde. Brindé con él a la distancia. En un inglés muy neoyorkino preguntó, casi a los gritos y con una gran sonrisa, el motivo por el que, un martes por la noche, me emborrachaba sin compañía. Le conté que mi cita no había acudido a nuestro encuentro, y sumé que no era martes, sino miércoles por la noche, un día normal para beber solo, como demostraba su propia presencia solitaria. El tipo soltó una carcajada y se acercó para sentarse a mi lado. Se llamaba Jacob. Dije que yo era Theodore, como Roosevelt, para no decirle «Teodoro». Conté que nací en México y, cosa extraña, le hablé de mi tesis doctoral sobre criptojudíos del siglo XVI en Nueva España. Designio divino.

Al oírme, Jacob echó su sombrero para atrás y rascose la sien con nerviosismo y ojos de absoluta sorpresa. Dijo que yo no lo iba a creer, pero México y los criptojudíos de Nueva España habían cambiado para siempre la vida de su familia. Si me dedicaba a lo que decía, se quitó el sombrero para dejarlo sobre la barra, seguro conocía la historia de Jacob Nachbim, su padre. ¡Claro!, exclamé, aquel nombre era un hito en los estudios que yo realizaba. Nos miramos a la cara como tratando de aquilatar lo fortuito del encuentro. Con la calma que daba un *whisky* en la mano, él se soltó a contarme esa historia que ya conocía, porque era central en mis estudios: durante su estadía en la Universidad de Columbia,

su padre estableció contacto con el secretario de Educación Pública de México. Primero le habló de sus investigaciones, aseguró que era una eminencia en asuntos de criptojudíos portugueses, incluidos los de principios del siglo XX, y adjuntó evidencias. Luego mostró su interés de revisar en persona la documentación de los juicios que realizó el Santo Oficio contra los Carvaxal. Tales documentos se hallaban resguardados en el Archivo General de la Nación, en México.

Tras unos meses de intercambio epistolar, Nachbim padre ganó la confianza del secretario mexicano y así obtuvo su permiso para revisar los documentos que tanto ansiaba ver. Viajó a la ciudad de México y visitó el Archivo, donde le mostraron los legajos de aquellos juicios, a petición expresa del secretario de Educación Pública. Jacob los estudió sentado en una mesa, por horas, bajo una luz blanca y titilante, sorprendido. Como sus cartas de recomendación no podían ser mejores, nadie lo vigiló mientras trabajaba. Así que, antes de marcharse, aprovechó la falta de supervisión para guardarse en el saco lo que había ido a buscar. El trabajador que recibió las carpetas, debido al rango del visitante, no se preocupó de revisarlas a detalle y le dijo adiós como si nada. Cuando el encargado del archivo revisó la carpeta descubrió que faltaban el diario, las cartas y el libro de rezos de Joseph Lumbroso; todos documentos invaluable del siglo XVI. Dio la alarma, pero era demasiado tarde, para entonces el ladrón ya se había desprendido del botín. Envío a Estados Unidos tres paquetes desde la oficina de correos. La Policía lo arrestó a su salida del país, pero la embajada de Brasil, de donde era originario, gestionó su inmediata liberación.

La mujer de Nachbim era muy religiosa y apenas se enteró de la sustracción de los documentos, por boca de su propio marido, decidió dejarlo, nunca habría aceptado vivir con un ladrón de esa calaña. El erudito decidió volver a Brasil. Y unos años más tarde viajó a Europa, donde murió